

SOFA RENOVADO

Diana Pardo

Sofá renovado

©Diana Pardo, 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE GENERAL

ATERRIZAJE EN TIERRA SANTA	7
MI NUEVO HOGAR	11
ROMA ME RECIBE	21
PERIODO DE ADAPTACIÓN.....	29
VALENTINA	33
PRIMERA TOMA DE CONTACTO	35
VALENTINA	41
¡OH, ROMA!.....	45
EL CONTRAATAQUE DE LA RESACA.....	53
SUEÑOS HÚMEDOS.....	57
VALENTINA	61
LA FAMILIA CRECE.....	63
PAPÁ Y MAMÁ LLEGAN A ITALIA.....	69
EL EFECTO BABYBOOM.....	75
LA DESPEDIDA ACCIDENTADA	87
VALENTINA	91
CARLO CONSUMA.....	95
VALENTINA SE VA A LONDRES.....	101
CARLO SE SUBE A LA NUBE.....	107
SEGUNDO ASALTO	111
EL PRETENDIENTE	123

ADIÓS, MI AMOR.....	127
EL DUELO.....	145
VALENTINA.....	153
ENFRENTARSE A LA REALIDAD	159
¡ES UNA NIÑA!	167
VALENTINA.....	183
EL BLOG SE HACE VISIBLE	185
CARLO PISA EL ACELERADOR.....	187
LA ILUSIÓN DE SER ABUELOS	193
NUEVA VIDA, NUEVOS RETOS.....	209
MI DEBUT.....	211
NOCHEBUENA BUENA.....	215
VALENTINA.....	219
NAVIDADES CON PENA Y Poca GLORIA	223
LA DESCONFIANZA VIENE A VERME.....	229
NOS VAMOS A OSTIA.....	233
VALENTINA.....	241
EIBISSA	245
FIN DE CUARENTENA	251
LA INTRUSA	261
VALENTINA.....	265

ATERRIZAJE EN TIERRA SANTA

Rompí a llorar en el taxi. Carlo me había rescatado del hechizo de Álvaro.

—Pero ¿cómo se atreve? ¡Maldito bastardo! —exclamé.

—¡Ay, Auri! —Carlo se echó a reír mientras me daba un achuchón y yo le dejaba unos pocos mocos en la solapa de su chaqueta—. Cuánto echaba de menos estas escenas de telenovela. A ver, vamos a repetirlo. ¡Maldito bastardo! —gritó por la ventanilla del taxi—. Ya verás cómo el karma lo golpeará con fuerza esta vez —dijo mientras me ofrecía un clínex para sonarme.

Carlo respetó mi dolor y me dejó llorar todo el trayecto; eso sí, en el aeropuerto tendría que parar para que no pensasen que me estaba secuestrando. Pasamos como un relámpago por mi piso donde ya tenía la maleta preparada en el recibidor. Sorprendentemente, no me costó nada cerrar la puerta; al fin daba carpetazo a todas esas semanas de soledad que había pasado en el lado oscuro. Me había convertido en la versión femenina de uno de mis ídolos, Anakin Skywalker; todo eran miradas rencorosas, rabia, ojos rojos y odio, por qué no decirlo.

Con casi treinta y cuatro años, comenzaba una nueva vida en Roma al lado de mis dos mejores amigos que tanto había echado de menos. ¿Sería esta la solución? Y si era así, ¿por qué me sentía como una prófuga?

Llegamos con tiempo de sobra al aeropuerto. Aún faltaban tres horas para la salida de nuestro vuelo, pero allí me sentía segura y

libre, así que decidí beber algo más. No sé ni cómo me dejaron entrar en el avión. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, el alcohol y la mezcla con las pastillas del doctor Mancini estaban haciendo su efecto; pero todo quedaría atrás con el despegue. Ahí dejaría todo el dolor y volvería a ser la Aurora insípida de siempre.

—¡Despierta, Auri! Ya estamos en mi territorio, te va a encantar. Por cierto, estás horrible y tienes la cara descompuesta. A partir de mañana, vida nueva, cara nueva y buscaremos también una polla nueva.

—Para pollas estoy yo...

—Que sí, ya verás qué bien. ¡Anda, vamos! Lola nos espera con mi coche.

Era real, estaba allí, en Roma, poniendo pies en Tierra Santa. Seguía muy triste, aunque algo de esperanza se albergaba en mi corazón y tenía muchas ganas de ver a Lola. Lo que Carlo había hecho por mí ese día no lo olvidaría jamás. Ojalá la vida no nos separase nunca.

A diferencia del aparatoso viaje de mis queridos amigos, yo llevé tan solo dos maletas con ropa, el resto de las cosas materiales las había enviado al pueblo y tenía pensado traerlas poco a poco.

Lola estaba tan estupenda como siempre, pero tenía un aspecto raro, distinto, influencia de uno de los países punteros en moda, supongo. Se había cortado el pelo con un estilo *Amélie*, lo llevaba teñido de un color negro azabache, aunque le quedaba de maravilla y resaltaba el tono blanco de su piel. Me apretó tanto cuando nos encontramos en la terminal de llegadas que comencé a llorar de nuevo.

Vino a recogernos en un Twingo, nuevo medio de transporte de Carlo, donde apenas cabíamos los tres y mis dos maletas. El tráfico en Roma era infernal tal y como me contaban. Lola conducía ágilmente sorteando semáforos, coches e infinitas motos que nos acechaban por todas partes.

Mi cogorza se iba disipando poco a poco. Me sentía mejor, tenía al lado a mis dos pilares, por la ventana veía la ciudad de Roma pasar ante mis ojos, se respiraba ambiente mediterráneo, la primavera era evidente. Sin darme cuenta, comencé a sonreír hasta llegar a la carcajada.

Lola se calló de golpe, miró por el retrovisor y desvió su mirada hacia Carlo, que le hizo un gesto de majareta bebiendo vino con la mano, así que se unieron y también rieron. Por unos instantes, el Twingo se inundó de nuestras risas mezcladas. De nuevo, los tres estábamos juntos en una ciudad tan increíble como misteriosa.

Todo va a salir bien, me repetía mi vocecita interior.

MI NUEVO HOGAR

Cuando entré en el piso de Carlo una sensación hogareña me invadió. Ya la sentía como mía por la cantidad de fotos, vídeos y charlas por Skype que habíamos hecho desde allí en los últimos seis meses. Seis meses en los que había pasado de todo. A Lola la veía pletórica, feliz, decía que Roma la había adoptado y estaba enamorada de la ciudad y de todo su género masculino.

En el último mes había conseguido cambiar su trabajo de reponedora en el hipermercado por uno de camarera en el club más exclusivo de la ciudad.

Su italiano era excelente y le había quedado un acento italo-hispánico muy sexy, aunque Carlo aseguraba que lo forzaba a propósito para tirarse a más tíos. Así eran ellos, ¡tan distintos a mí!, pero los había echado tanto de menos...

Ese puesto en el club estaba dando muy buenos resultados y, además de conocer a gente famosa, le daban una extra para comprar ropa *chic* acorde con el ambiente del local. El sueldo era bueno, pero las propinas aún mejores; además, ella sabía cómo ganarlas.

Por su parte, la carrera de Carlo seguía viento en popa. Había conseguido ganarse —como no esperaba menos— a todos sus compañeros excepto a uno, el chico que subía una vez a la semana a la planta de dirección de su empresa y por el que suspiraba desde la primera vez que lo vio, hacía ya siete meses.

No había logrado avances en este tema. Tan solo un «hola» acompañado de una sonrisa, se repetía cada semana entre ellos.

Sonaba raro viniendo de él, tan lanzado, tan *top* marketing y conquistador... pero Carlo reconocía que, cuando lo veía, se bloqueaba y nada salía de su garganta.

—Eso es amor verdadero —afirmaba Lola.

—No te lo recomiendo —le decíamos las dos.

—¡Os voy a echar de mi casa por amargadas! —nos respondía él.

En general, veía bastante adaptados a mis dos amigos, pero ¿qué pasaría conmigo? ¿Conseguiría hacerme a esta ciudad tan caótica? Además, mi italiano había mejorado, no obstante, todavía era muy básico y no cabía duda de que tenía que trabajar para mantenerme en una capital tan prohibitivamente cara.

Nuestra habitación (la de Lola y la mía) tenía dos camas y estaba pintada en tonos malvas claritos. Un armario empotrado y otro de Ikea se situaban a los pies, en uno de los laterales una inmensa ventana con contras de madera daba paso a un pequeño balcón por el que se filtraba la increíble luz de esta ciudad.

—¿Te gusta? Nunca nadie ha dormido en tu cama, se estaba reservando para ti. Siempre supe que vendrías —me dijo Lola mientras me guiñaba un ojo—. Te he hecho sitio en el armario, el de Ikea es todo para ti.

Me senté en la cama suspirando.

—Estaremos bien, ya verás. Venga, esta noche juntamos las camas, ¿vale?

El cuarto de Carlo era muy amplio, tenía un aseo integrado y un ventanal doble hasta el suelo, también con salida a un balcón. Justo delante había colocado su escritorio para trabajar. Su nueva empresa le permitía hacer teletrabajo y dos días a la semana se quedaba en casa. Ambos balcones estaban llenos de macetas con lavanda, la planta del buen rollo.

Después de una larga charla con Lola (aunque más bien fue un monólogo), me quedé profundamente dormida. Soñé toda la noche con música, sonrisas, brindis, caballos, con mi madre y el susurro de «sigo siendo yo».

—¡No! —exclamé, a la vez que me despertaba sudorosa.

«¿Dónde estoy?», me pregunté. «Ah, sí, en Roma, en la casa de Carlo. Es un lugar seguro, tranquila. Respira», me animé a mí misma.

Lola se revolvió en su cama, pero siguió durmiendo.

—Carina, ¿estás bien? —preguntó un Carlo preocupado desde el umbral de la puerta.

—Sí, creo que sí. Buf, tengo muchas pesadillas.

Entró en el cuarto y se sentó en mi cama.

—Es normal, Auri. No te preocupes, se irán, no hay mal que cien años dure. Además, esas pastillas que tomas también provocan sueños oscuros.

—¿Te quedas conmigo un ratito? —pregunté mimosa.

—Claro que sí, tonta. Anda, ven.

Carlo se acostó en mi cama de 1,35 y me arropó entre sus brazos.

Me apoyé en su pecho y comencé a escuchar el latido de su corazón; era tranquilo, rítmico. A pesar de mi drama personal, estaba feliz por encontrarme en Roma, con ellos, mis fieles amigos; eran mi zona de confort. Con este pensamiento positivo volví a quedarme dormida y esta vez sin pesadillas.

Cuando me desperté era pleno día, la habitación estaba desierta; sin embargo, una luz increíble se filtraba por la ventana. Oh, Dios. Me volaba la cabeza. Si es que no se puede beber así.

Álvaro y Ángela ya eran marido y mujer. Oficialmente era... ¿mi cuñado? Las náuseas volvieron con fuerza. Un montón de pensamientos negativos me invadieron: Ángela vestida de blanco, pletórica; él, con su sonrisa embaucadora; los dos de la mano sonriendo, besándose, ¿ follando? Por Dios, pero si hacía menos de un año que lo habíamos hecho de casi todas las maneras posibles.

¡Será degenerado! Ya no pude contener las arcadas, salí corriendo de la habitación hacia el baño echando los hígados por la boca. Estaba hecha polvo y me volaba la cabeza.

Cuando estaba literalmente agarrada a la taza del váter, Lola entró con un vaso de agua con limón.

—Para cuando termines —me dijo—. Te irá bien.

Y vaya si me fue bien. Conseguí dormir dos horas más.

Al despertar, sentí unos ligeros pinchazos en las sienes. La luz seguía llenando todos los rincones y la temperatura era cálida.

Me levanté de la cama y miré por la ventana, abrí las dos puertas de cristal y salí al balcón. A través de mis pies descalzos sentí el calorcito del mediodía, respiré hondo el aroma de la lavanda.

En la calle había mucha vida y la terraza de la cafetería de enfrente estaba llena de gente hablando en un tono más bien alto.

La casa estaba silenciosa. Encontré una nota en la nevera.

—He ido a yoga, deberías apuntarte. Traeré pan fresco para comer.

Avancé por el pasillo. Carlo no estaba, había quedado para desayunar con su madre. Sin duda, la mujer de su vida, la que siempre lo apoyó y lo apoyaría; junto con su hermana, claro. Su padre prefería vivir en la inopia, era de esas personas a las que les gustaba «barrer debajo de la alfombra» y mirar hacia otro lado, en lugar de enfrentarse a la realidad. Lo cierto es que tenía un hijo maravilloso que él nunca supo apreciar y, eso, a mi buen amigo le seguía rompiendo el corazón.

Todo el piso rebosaba luz y las voces de la calle se filtraban por las ventanas. Carlo vivía en un barrio tranquilo y encantador. Nuestro edificio tenía cuatro alturas y vivíamos en el tercero.

Escuché el sonido de las llaves en la puerta y apareció Lola, totalmente vestida de yogui con una gran sonrisa.

—Buenos días, guapa, ¿estás mejor? Traigo deliciosos panes recién horneados. Anda, ven, me muero de hambre —dijo mientras me besaba en la mejilla.

—Muchas gracias por el agua con limón, me sentó muy bien —agradecí.

—Sí, es un depurativo fantástico —respondió al tiempo que se disponía a dar buena cuenta de los panes.

—Lola, estás genial. Te veo guapísima, pareces otra persona.

¿Cómo has podido cambiar tanto en seis meses? —le pregunté.

—Es el aire mediterráneo que siento de maravilla. Ya verás, a ti te pasará lo mismo. Además, esta ciudad, a pesar de su caos, te hechiza.

—Mmm, qué rico está esto —exclamé. Mi estómago agradecía comer algo calentito—. ¿Qué voy a hacer, Lola? ¿Cómo podré vivir con este secreto? Se trata de mi hermana por el amor de Dios, nunca podré olvidarlo, tendré que tragármelos de por vida en todas las reuniones familiares. Eso seguro que hará que me aleje de mis padres.

Las lágrimas vinieron de nuevo a mis ojos sin poder retenerlas. Lola se levantó y me abrazó.

—Aurora, cuando llegué aquí lloré muchas noches pensando en por qué mi madre tuvo que irse en mi adolescencia. Siempre he sentido la necesidad de huir hacia cualquier lugar, a lo mejor pensando en poder encontrarla. Durante años estuve enfadada con ella por no haberse cuidado y morir a los cincuenta y un años. Evitaba hablar de ella, hasta pensar en ella me hacía daño, pero después de cierto tiempo, me di cuenta de mi error. Ella sigue viva dentro de mí, yo soy una parte de ella, la siento a mi lado cuando sueño con ella y me da fuerza cada día. Los humanos somos supervivientes, aprendemos a vivir con cualquier situación.

Me quedé helada con sus palabras, desde que la madre de Lola falleció, nunca nos hablaba de ella, evitaba hacer cualquier tipo de comentarios. Soy muy consciente de que, cuando su padre volvió a casarse, mi amiga sufrió sin medida aún a pesar de entenderlo. Su exnovio había sido su gran apoyo durante seis años, me consta que volcó en él todo su amor y confianza pero, de nuevo, la habían abandonado y desde aquella vez era un «culo inquieto y desconfiado».

—¿Por qué el único hijo de puta del que me enamoro, y por el que pierdo el sentido, me traiciona? —continuó—. Ahora pienso que me ha hecho un favor. Aquí estoy feliz —prosiguió—, me siento bien cada día, me levanto de la cama con energía y ganas de hacer muchas cosas. Mi vida ha cambiado muchísimo en estos seis meses. Vivir con Carlo es intenso, pero muy agradable. Siempre hay flores en las ventanas, comida en la nevera y mil planes que hacer. Además, me encanta mi trabajo. Solo llevo un mes en el club, pero no veas qué propinas, el ambiente no puede ser mejor, un poco pijo, sí, aunque los clientes son educados y tienen mucha pasta. Se liga un montón... —exclamó, guiñándome un ojo.

Yo la escuchaba cabizbaja.

—Cielo, al final el tiempo pone cada cosa en su lugar y todos acabamos encontrando nuestro sitio.

Sus palabras me emocionaron todavía más, Lola había madurado y su madre, desde donde estuviera, estaría sintiéndose muy orgullosa, al igual que yo. Me limpié las lágrimas con el dorso de las manos y sorbí por la nariz.

—Supongo que tienes razón, debo ser positiva. Estoy hecha unos zorros, pero contenta de estar aquí con vosotros. No te imaginas lo que os he echado de menos.

Nos dimos un fuerte abrazo y seguimos desayunando hasta no dejar nada en el plato. Parece que mi apetito volvía a asomar la cabeza.

Ese día Carlo no llegó hasta la hora de la cena. Desde que estaba en Roma solía pasar mucho tiempo con su madre.

—Creo que debería empezar a trabajar cuanto antes —dije mientras mi amigo preparaba una ensalada.

—Tómate el tiempo que necesites —respondió él—, conoce Roma, piérdete por sus calles, ya sabes que el dinero no es un problema.

—Lo sé, Carlo, y te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, pero no es por dinero, he traído algunos ahorros; es por mi mente, me está machacando, no sé cómo pararla. Solo tengo pensamientos negativos, no puedo más.

—¿Te estás tomando la medicación que te han dado?

—Sí, pero no se trata de eso, no puedo tomarla de por vida, ¡tengo sueño a todas horas y no me siento yo!

—Auri, no te presiones. Estás en una mala etapa que pasará, dejarás las pastillas y volverás a ser feliz, aunque ahora las necesitas. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo, mantener la mente ocupada y tener una obligación que hacer cada día te vendrá bien. Puedes apuntarte a clases de yoga con Lola o salir a correr conmigo.

—El de las All Stars me prohibió correr.

—¿El de las All Stars? ¿Quién es?

—El médico que me atendió en el hospital.

—Mmm, bueno, volverás a correr y a correrte —me dijo, dándome un codazo y arrancándome una sonrisa.

Nos sentamos los tres a cenar en la mesa del salón.

—Puedo conseguirte una entrevista de trabajo en Tenazzi, el hipermercado —comentó Lola—. A ti nunca te ha costado madrugar y para empezar no está mal. Tengo enchufe con mi antiguo jefe —afirmó sonriendo.

—Estoy tan apática que, últimamente, no me apetecía ni ir a la biblioteca, pero tienes razón, podría estar bien.

—En cuanto mejores el italiano, podrás buscar algo más de lo tuyo, con libros y eso —dijo Lola—. El sueldo no es una maravilla —continuó mi amiga— teniendo en cuenta lo carísima que es esta ciudad. Son mil cien euros por seis horas al día, de seis de la mañana a doce del mediodía, de lunes a viernes, más dos sábados al mes.

—Como dice Lola —intervino Carlo—, esta ciudad es extremadamente cara. La mayoría de los jóvenes viven hasta los cuarenta años con sus padres. Es casi imposible independizarse.

—Somos muy afortunadas de poder vivir con Carlo por trescientos euros al mes —siguió Lola—. El barrio te va a gustar, ya verás, es como un pequeño pueblo. La panadería es la mejor que he visto en mi vida; ya probaste los bollos esta mañana, y su panadero... bueno, digamos que somos viejos amigos.

—¿Viejos amigos? —pregunté levantando una ceja.

—Sí, bueno, fue el primer italiano con el que me acosté cuando llegamos aquí.

—Pensé que el primero había sido el amigo de Carlo, el del hipermercado —le dije, mientras Carlo ponía los ojos en blanco.

—¡Qué va! Con Gian Carlo al final no hubo nada, no es mi tipo.

Echaba tanto de menos estas charlas, la ironía, los piques, las risas a pesar de los malos tiempos... Llevaba apenas dos días en Roma y ya me había reído cuatro veces, eso era bueno.